



José Luis Álvarez

Los miserables del 2012

Tras los sucesos de Valencia era esperable la acusación del PP al PSOE, de llevar a la calle la oposición que no logra hacer en el Parlamento. Invectiva legítima aunque hipócrita, ya que también el PP, cuando pierde, “se tira” a la calle, como contra Zapatero, cuando desfilaron por Madrid burgueses, cardenales y grandes de España.

También es legítima la instrumentación del PSOE de los excesos policiales de Valencia. Con Rajoy el PP había empezado a quebrar la identificación derecha-autoritarismo. Valencia ha sido una oportunidad de oro para el PSOE de restaurar esa vinculación.

Tiene miedo el PP a no saber gestionar movilizaciones contra sus políticas por parte de los miserables de principios del XXI: jóvenes generaciones damnificadas por la crisis, cuyo futuro estará por debajo de sus estudios y el nivel de vida de sus padres. Le preocupa al PP que las familias –red de protección social que ha prevenido hasta ahora las protestas– estén agotando sus reservas. Desconfía que se le vaya la mano en implantar “la ley y el orden”. Y le alarma, como a CiU, que los desfavorecidos se alíen con radicales antisistema.

Sin embargo, no parecen cercanos conflictos que alteren el statu quo. Una de las conclusiones más robustas de la sociología de los movimientos sociales es que estos no triunfan en los peores momentos de una crisis, cuando mayor es la sensación subjetiva de injusticia en los desfavorecidos. Los conflictos se extienden cuando se dan condiciones objetivas, como unas élites divididas y tácticas adecuadas de contestación. Y hoy las élites no muestran fisuras y los métodos de movilización –huelgas, marchas, ocupación de propiedad privada, asambleas, alborotos, saqueos, barricadas, acampadas en espacios públicos, etcétera– no están actualizadas para enfrentar un capitalismo global. Las nuevas tecnologías pueden acelerar los tiempos de movilización y ampliar la base de convocados, pero no responden a las pregunta estratégica: contra quién, cuándo y dónde descargar la fricción contestataria. Lo que sí pueden esperar PP y CiU, quien sea que gobierne, es una eclosión de protestas locales, violen-

tas, anárquicas, sin foco, e irrelevantes si no se cometen excesos en su control, como las del pasado miércoles, a las que Barcelona está (en exceso) acostumbrada.

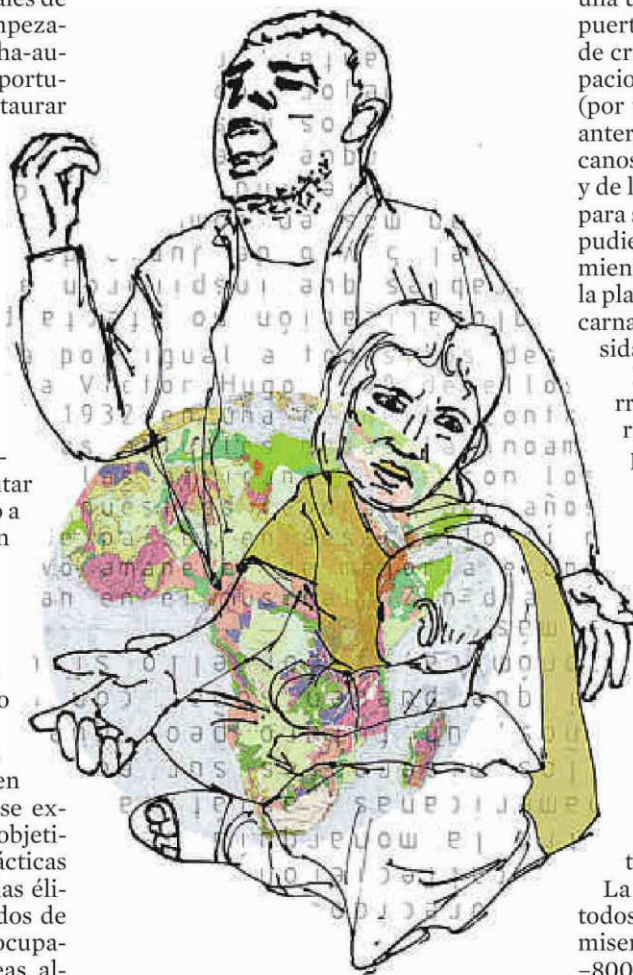
Ejemplo de las limitaciones de las protestas tradicionales fue la ocupación por el 15-M de la plaza Catalunya. Su mera localización servía para predecir su inanidad. Para que una ocupación tenga impacto ha de afectar a un centro de poder o

tarse), la verdadera protagonista de la espléndida representación de *Los Miserables* que se ofrece todavía en Montjuïc. Apreciado lector, si usted fuese un líder revolucionario ¿dónde levantaría una barricada en Barcelona? (sí, ya sé, usted no haría eso nunca, pero siempre es bueno el ejercicio de ponerse en la piel de aquellos distintos a nosotros).

Las barricadas requieren además de una ubicación disruptiva (accesos a aeropuerto, Mercabarna, ferias, Bolsa, muelle de cruceros, plaza María Cristina), de espacios estrechos para su buena defensa (por tanto, ya no sirven las posibilidades anteriores) y estar insertas en lugares cercanos a las residencias de sus defensores y de los albañiles y carpinteros necesarios para su mantenimiento, para que estos no pudieran ser bloqueados en sus desplazamientos. Eso era posible en el siglo XIX: la plaza Sant Jaume, el Born..., estaban encarnados en barrios populares de alta densidad asociativa. Ya no.

Las protestas meramente locales marcan el objetivo. La culpa de la desesperanza de segmentos crecientes de la población no está en la plaza Sant Jaume, ni en un centro bursátil del paseo de Gràcia, ni en una sede financiera en la Diagonal, ni en un ministerio en la Castellana, ni en un palacio en Moncloa. Quizás en la City, Wall Street o la cancillería en Berlín. Pero sobre todo en lugares como Bangalore y Shanghai, de donde surgen los cientos de millones de trabajadores que con la globalización han accedido al mismo mercado de trabajo que el de nuestros miserables, y contra los que estos no pueden competir en retribución y motivación.

La globalización no afecta por igual a todos los desfavorecidos de la tierra. Los miserables que inspiraron a Víctor Hugo –800 de ellos fallecieron en las barricadas entre el 5 y 6 de junio de 1832 en una revuelta contra la monarquía de Luis Felipe– tenían más en común con las actuales masas latinoamericanas, asiáticas, del subcontinente indio, pronto las africanas, que con los miserables sureuropeos de hoy. Porque mientras los nuestros tendrán, por años, un futuro peor que su pasado, los miserables de países en desarrollo sí que pueden soñar con un porvenir mejor, con un nuevo amanecer de mejoría económica, y por ello sí que pueden esperar que, como cantan en el musical, un día más “salga el sol”.●



JORDI BARBA

alterar la vida cotidiana de manera sostenida. Ocupar la plaza Catalunya no consigue ninguno de esos objetivos. El 15-M fue sólo una exhibición de feísmo antisistema, mimesis de la plaza Tahrir de El Cairo (que en la Catalunya del siglo XXI se imitase la estética revolucionaria de un país autoritario y subdesarrollado ya es significativo).

Pongamos el ejemplo de otra táctica clásica, la barricada (la palabra viene de barrica, recipiente muy conveniente para erigir obstáculos a la circulación y parapet-